

REVISTA ESPIRITISTA

PERIÓDICO DE ESTUDIOS PSICOLÓGICOS.

RESUMEN.

Sección doctrinal: Una opinión del Sr. Castro y Serrano.—Estudio sobre la naturaleza de Cristo.—Ensayo teórico de las curaciones instantáneas.—El correspondiente del «Diario de Barcelona» y el zorro Jacob.—El curandero de Sans.—Conversaciones familiares de ultra-tumba: Asesinato de cinco niños por uno de doce años.—Disertaciones espiritistas: Albores.—Comunicación recibida en la Sociedad de Estudios espiritistas de Alicante.—El catolicismo y el cristianismo.—Miscelánea: El espiritismo y la prensa de Barcelona.—El espiritismo progresista.—Armas de mala ley.—El vigésimoquinto aniversario.

SECCION DOCTRINAL.

UNA OPINION DEL SR. CASTRO Y SERRANO.

El Sr. Castro y Serrano, distinguido escritor madrileño, ha publicado recientemente un libro muy ameno e instructivo, que lleva por título *La Novela del Egipto*, y en el cual historia con innegable maestría la inauguración del canal de Suez, prodigioso suceso que, como saben nuestros lectores, tuvo lugar el 17 de Noviembre de 1869.

Puede decirse de esta obra que no aparece por vez primera, pues á medida que se iba festejando aquel gran acontecimiento, prueba irrecusable de la actividad física e intelectual de nuestra época, el libro iba apareciendo, en forma de correspondencias, en las ya reputadas columnas del periódico político de la corte, *La Epoca*. No nos incumbe á nosotros patentizar las bellezas, con profusión vertidas, en la ingeniosa obra del Sr. Castro, qué no es nuestra misión la del crítico literario; pero fuera injusticia manifiesta no consignar, siquiera sea de paso, que es el del Sr. Castro y Serrano uno de los libros que más instruyen, deleitando el ánimo y levantando la inteligencia á superiores consideraciones filosóficas.

El reputado literato madrileño no desperdicia nada de cuanto puede hacer interesante su relato; embellecer su asunto, y engendrar lecciones para la humanidad. La historia antigua del antiquísimo Egipto; la situación presente del Egipto moderno; la división en castas de la primitiva sociedad egipcia; las diferencias de clase de la población que en la actualidad vive y languidamente se desenvuelve en aquellas comarcas; la, para los antiguos, inusitada civilización de los moradores del Egipto; su presente estado de cultura intelectual; los adelantos materiales de los pasados tiempos; la pobreza de los actuales; las costumbres de la abigarrada población del Egipto; la ruina de sus grandes monumentos y los que hoy existen; sus interesantes tradiciones; lo colosal de la empresa histórica; los obstáculos que se tuvieron que

vencer para llevarla á cabo; las peripecias á que se vió expuesta; sus grandiosos resultados para el comercio, la industria y la civilizacion de hoy y del porvenir: todo lo aprovecha el Sr. Castro, sacando de ello el mejor partido que sacarse puede.

Para encomiar el peregrino ingénio del autor, bastará decir que todos los lectores paladearon deliciosamente las correspondencias como en realidad venidas del mismo Egipto, siendo así que el Sr. Castro y Serrano, sin haberse movido de Madrid, las remitía desde su bufete de estudio á la redaccion de *La Epoca*. Lo que se suponia venido, en algunos días, desde remota playa, no había recorrido más distancia que algunas calles de la coronada villa, en el brevisimo espacio de cinco ó seis minutos. Si esto no revela un ingeniosísimo escritor, no sabemos nosotros qué será lo que en éste patentice aquella tan preciada cualidad.

Pues bien; esas correspondencias, correjidas, aumentadas y publicadas en un elegante volumen de más de trescientas páginas, son las que constituyen el sabroso libro que lleva por título *La Novela del Egipto*, en el cual nada hay ficticio más que el viaje, que no ha hecho nunca el autor, segun él mismo confiesa en la introducción.

Pero ¿por qué—preguntarán los lectores—se habla de semejante libro en la *Revisa*ta? Porque, al estudiar el Sr. Castro la antigua religion del Egipto, tropieza en ella con la pluralidad de existencias, y sobre tan importante asunto emite opiniones y asertos erróneos, en concepto nuestro. No nos salimos, pues, de nuestra humilde esfera, ocupándonos de *La Novela del Egipto*. Para que pueda apreciarse mejor nuestra réplica al Sr. Castro, trascribamos literalmente la página que en su citada obra consagra á la pluralidad de existencias.

«¿Qué significa Egipto en la historia del mundo? Un pueblo que lo ha conocido casi todo, excepto la ley del progreso.—¿En qué ha podido consistir esa falta?—Indudablemente en su religion.

«Los egipcios, yá lo sabemos de antemano, reconocian un Sér Supremo del que emanaban todas las cosas, y un alma humana que volveria á su sér corporal despues de su purificacion por la metempsicosis. Estaban casi en el pleno uso de la religion verdadera; pero su vida era una vida de interinidad y de pasaje: no habia que tenerle apego, puesto que habia de venir otra definitiva y dichosa; el ensayo era punto menos que insignificante.

«Esta fórmula de origen, implicaba unas ramificaciones igualmente fatales y preconcebidas; se nacia para morir, y se nacia como punto intermedio entre una vida mala y otra mejor. La religion, pues, de los egipcios, era la religion de la muerte. Y á la manera de los cosacos actuales de Rusia, de quienes se dice que dan gozosos su vida por la patria en la inteligencia de que muriendo así, renacen en otro cuerpo con mayor felicidad y bienes de fortuna, del mismo modo los egipcios, al entregarse á la muerte por la fatalidad, se entregaban á la vida con la esperanza. — Todo hombre que pueda creer en una segunda vida mundanal, se halla predisposto á hacer de la primera un uso indiferente y casi mecánico, que es lo que constituye la negacion del progreso. El que creé que mañana puede hacer una cosa, no muestra afan por hacerla hoy: es necesario creer en un término definitivo corporal, para decidirse á hacer sobre esta tierra lo que no ha de poder ejecutarse en ninguna otra.» (1.)

Si el Sr. Castro y Serrano se hubiese limitado á la metempsicosis en su acepcion inducta, es decir, tal, como para aterrorizar á las masas, se explicaba esotéricamente, nada hubiéramos replicado. La metempsicosis retrógrada es, en efecto, un obstácu-

(1) *La Novela del Egipto*. jornada primera, pags. 54 y 55.

lo al progreso. Pero el Sr. Castro no se limita á ésta; extiende á más ancha esfera sus afirmaciones; parece que sin distinción anatematiza, como contrarias al progreso, todas las acepciones de la pluralidad de existencias, y hasta semejante extremo no podemos seguirle; porque en él no se está en lo cierto. La verdad es, por el contrario, que la pluralidad de existencias—descartadas las encarnaciones en especies inferiores—es no yá un elemento, sino el único procedimiento del progreso individual y social. Véase, pues, cuán distantes estamos en este punto del Sr. Castro y Serrano.

Cierto es que la pluralidad de existencias del alma hace de la vida presente *una vida de interinidad y de pasaje*; pero si por este solo argumento hubiésemos de rechazar semejante creencia, habríamos de rechazar todas las religiones, inclusa la cristiana, pues todas ellas están contestes en considerar como interina y de pasaje la vida presente, anunciándonos *otra definitiva y dichosa*. Y tiene que suceder así por fuerza, dada la inmortalidad individual del alma y la limitabilidad del planeta; pues, en el supuesto contrario, habría de aceptarse ó el anomadamiento del alma, ó su absorcion en el *Gran Todo*, que viene, en definitiva, á ser lo mismo. El alma inmortal forzosamente ha de tener, cuando menos, otra existencia además de la actual, y ésta entonces se convierte en interina y de pasaje. Semejante argumento no es, pues, suficiente para rechazar la pluralidad de vidas del Espíritu, y así hubo de comprenderlo el Sr. Castro, cuando trató de robustecerlo con otros nuevos y acaso de más importancia, aunque nunca exactos de toda exactitud.

No negaremos nosotros en absoluto que «todo hombre que pueda creer en una segunda vida mundanal, *se halla predispuesto* á hacer de la primera un uso indiferente.» Lo repetimos, esto es verdad hasta cierto punto; pero una predisposición no implica nunca una resolución irrevocable. Predispostos estamos casi siempre á no pocas acciones pecaminosas, y aún criminales, y sin embargo, no las ejecutamos. Esta predisposición es efecto de la parte puramente animal de nuestro ser; pero ahí está, en cambio, la parte espiritual para correjir nuestras predisposiciones materiales; ahí está la razon, y ésta, en punto á pluralidad de vidas, nos dice, que la segunda existencia ha de depender indispensablemente del empleo que hagamos de la primera, y que, si durante esta última nada hacemos en beneficio del progreso moral e intelectual, aquella será tan poco satisfactoria, tan llena de angustias y pesares como la que le ha precedido. La razon es el único correctivo de la predisposición, y gracias á ella no nos entregamos continuamente á las más censurables acciones, y gracias también á ella esa predisposición de que nos habla el autor de *La Novela del Egipto*, nace muerta, por decirlo así.

«El que crée que *mañana* puede hacer una cosa, no muestra afan por hacerla hoy,» añade el Sr. Castro y Serrano. Verdad puede ser esto cuando efectivamente el *mañana* se refiere al espacio de tiempo que *irremisiblemente* ha de venir después de las presentes veinticuatro horas. Y aun así, el verdadero pensador, el buen creyente, que sabe que siempre hemos de estar «con un pie yá en el estribo,» no cuenta para nada con el porvenir en la tierra, y atemperándose al precepto del MAESTRO, no deja para mañana lo que puede hacer hoy.

Pues bien; si esto acontece, tratándose de un porvenir tan cercano, tan *irremisiblemente próximo*, ¿qué no sucederá, tratándose de otro que puede distar muchos meses, muchos años, muchísimos siglos? Porque es preciso que no se olvide nunca, que al cuerpo no se vuelve inmediatamente después de haber salido de él; que la reencarnación no tiene lugar enseguida, y que además no depende pura y exclusivamente de la voluntad del Espíritu humano. El *mañana* de la reencarna-

ción puede, entre atroces dolores morales, estar á miles de siglos de distancia; pue de retardar tanto tiempo, cuanto Dios juzgue necesario para castigar un punible empleo de la existencia terrestre. Y siendo esto así, como lo es, ¿quién, si piensa un segundo, dejará para ese mañana lo que hoy puede hacer? Algunos habrá, no lo dudamos; pero, el Sr. Castro lo sabe, para esos tales todas las creencias son igualmente inútiles. Son indolentes, vagamundos incorrejibles que no hacen hoy, ni harán mañana nada de lo muchísimo que tienen que hacer. *Non ragionam di lor*, y dejémoslos entregados á su sempiterna indolencia; pero sin darles más importancia de la que merece una excepción.

Vea, pues, el Sr. Castro y Serrano cómo sus argumentos en contra de la pluralidad de existencias carecen de fuerza e importancia, y cómo, en virtud de ellos, no puede asegurarse que la causa del *desprogreso* del Egipto se deba á la metempsicosis, tomada ésta en la acepción que hemos expresado anteriormente, es decir, descartadas las encarnaciones es especies inferiores á la humana.

¿Cuál es, pues, la verdadera causa de que se estanque el progreso en Egipto? Porque, por más que diga el Sr. Castro, el Egipto progresó, y mucho, en la antigüedad, y así lo reconoce el mismo autor, cuando asegura en su citada obra, que *la grandeza de Sesostris... fué... el punto culminante de la grandeza egipcia*. Si hubo un punto culminante, hubo otros inferiores, y si esto aconteció, el progreso en Egipto fué un hecho innegable. Pero ¿por qué se estancó? No nos toca á nosotros resolver este importante problema, debiendo contentarnos con demostrar, como hemos procurado hacerlo, que semejante fenómeno histórico-social no se debió en manera alguna á la pluralidad de existencias del alma, como afirma el Sr. Castro y Serrano. Indiquemos sin embargo, en conclusión, que la detención del Egipto en el camino del progreso se debió especialmente á la amortización de las ciencias y de las artes en la clase sacerdotal; á la resistencia de ésta á todo lo que implicara innovaciones; á las fábulas y consejas de que se valía para envolver en el misterio los dogmas religiosos, y al desarrollo exclusivo de los adelantos puramente materiales, dejando en el más completo olvido el cultivo de la inteligencia y de la conciencia del pueblo. Los sacerdotes, que lo eran todo en Egipto, no querían ilustrar á las masas, para poder dominarlas más y mejor, y las masas, que son las que patentizan el progreso efectuado, pues representan la mayoría de los habitantes, se vengaron de los reyes y de los sacerdotes, entregándose á todas las corrupciones y concupiscencias. Entonces empezó la decadencia del Egipto, entonces se paralizó el progreso, y se petrificó, por decirlo así, la civilización de aquel gran pueblo.

M. CRUZ.

ESTUDIO SOBRE LA NATURALEZA DE CRISTO.

(OBRAS PÓSTUMAS).

(Continuación.)

III. *Las palabras de Cristo prueban su divinidad?*

Es digno de notarse que San Juan Evangelista, en cuya autoridad se han apoyado más para establecer el dogma de la divinidad de Cristo, es precisamente el que proporciona os más numerosos y positivos argumentos en contra. De ello puede convencerse cualquiera, leyendo los pasajes siguientes, que nada añaden, es cierto, á las pruebas ya cita-

das, pero que vienen en su apoyo, porque de los mismos resulta evidentemente *la dureza* y *la desigualdad de personas*:

«Por esta causa los Judíos perseguían á Jesús, porque hacia estas cosas en Sábado.—» Y Jesús les respondió: «*Mi Padre obra hasta ahora, y yo obra.*» (Juan, cap. V, v. 16, 17.)

«Y el Padre no juzga á ninguno: *mas todo el juicio ha dado al Hijo.*—Para que »todos honren al Hijo, como honran al Padre: quien no honra al Hijo, no honra al Padre. »que le envío.»

«En verdad, en verdad os digo: Que el que oye mi palabra, y crée á aquel que me envío, tiene vida eterna, y no viene á juicio, mas pasó de muerte á vida.»

«En verdad, en verdad os digo: Que viene la hora, y ahora es cuando los muertos »oirán la voz del hijo de Dios: y los que la oyesen, vivirán.—Porque así como el Padre »tiene vida en sí mismo: así también dió al Hijo el tener vida en sí mismo.—Y le dió »poder de hacer juicio, porque es *Hijo del hombre.*» (Juan, cap. V, v. 22-27.)

«Y el Padre que me envió, él dió testimonio de mí: y vosotros nunca habeis oido su »voz, ni habeis visto su semejanza.—Ni tenéis en vosotros estable su palabra: porque al »que él envío, á éste vosotros no creéis.» (Juan, cap. V, v. 37, 38.)

«Y si juzgo yo, mi juicio es verdadero, porque *no soy solo*: mas yo y el Padre que me »envió.» (Juan, cap. VIII, v. 16.)

«Estas cosas dijo Jesús: y alzando los ojos al cielo dijo: Padre, viene la hora, glorifica á tu Hijo, para que tu Hijo te glorifique á ti: —*Como le has dado poder* sobre toda »carne, para que todo lo que le diste á él, les des á ellos vida eterna.—Y ésta es la vida eterna: *Que te conozcan á ti solo Dios verdadero, y a Jesucristo a quien enviaste.*»

«Yo te he glorificado sobre la tierra; he acabado la obra que me diste á hacer.—Ahora, pues, Padre, glorificame tú en tí mismo con aquella gloria que tuve en tí, antes »que fuese el mundo.»

«Y ya no estoy en el mundo, mas estos están en el mundo, y yo voy á ti: Padre Santo, »guarda por tu nombre á aquellos que me diste: para que sean una cosa, como también »nosotros.»

«Yo les di tu palabra, y el mundo los aborreció; porque no son del mundo, como tampoco yo soy del mundo.»

«Santícalos con tu verdad. Tu palabra es la verdad.—*Como tú me enviaste al mundo*, también yo los he enviado al mundo —Y por ellos yo me sacrifico á mí mismo, para que ellos sean también santificados en verdad.»

«Mas no ruego tan solamente por ellos, sino también por los que han de creer en mí por la palabra de ellos.—Para que sean todos una cosa, así como tú, Padre, en mí, y yo en tí, que también sean ellos una cosa en nosotros; para que el mundo crea que tú me enviaste.»

«Padre, quiero que aquellos que tu me diste estén conmigo en donde yo estoy: para que vean mi gloria que tú me diste: porque me has amado antes del establecimiento del mundo.»

«Padre justo, el mundo no te ha conocido: mas yo te he conocido: y éstos han conocido que tú me enviaste.—Y les hice conocer tu nombre, y se lo haré conocer: para que el amor con que me has amado, esté en ellos, y yo en ellos.» (Juan, cap. XVII, v. 1-5, 11, 14, 17-21, 24-26.)

«Por eso me ama el Padre: porque yo pongo mi alma para volverla á tomar.—No me la quita ninguno: mas yo la pongo por mí mismo; poder tengo para ponerla, y poder tengo para volverla á tomar. *Este mandamiento recibí de mi Padre.*» (Juan, cap. X v. 17, 18.)

«Quitaron, pues, la losa: y Jesús alzando los ojos á lo alto, dijo: Padre, gracias te doy porque me has oido.—Yo bien sabía que siempre me oyes: mas por el pueblo, que está al rededor, lo dije: para que crean que tú me has enviado.» (Juan, cap. XI, v. 41, 42.)

«Yá no hablaré con vosotros muchas cosas, porque viene el Príncipe de este mundo, y
»no tiene nada en mí.—Mas para que el mundo conozca que amo al Padre, y como me
»dijo el mandamiento el Padre, así hago.» (Juan, cap. XIV, v. 30, 31.)

«Si guardais mis mandamientos, perseverareis en mi amor; así como yo tambien he
»guardado los mandamientos de mi Padre, y estoy en su amor.» (Juan, cap. XV,
v. 10.)

«Y Jesús, dando una gran voz, dijo: Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu.
»Y diciendo esto, espiró.» (Luc. cap. XXIII, v. 46.)

Puesto que Jesús, al morir, encomienda su espíritu en manos de Dios, tenía un alma
distinta de Dios, sometida á Dios, y por lo tanto no era el mismo Dios.

Las siguientes palabras revelan cierta debilidad humana, cierto temor á la muerte, y á
los sufrimientos que tendrá que arrostrar y que contrastan con la naturaleza esencial-
mente divina que se le atribuye; pero revelan, al mismo tiempo, una sumisión, que es la
del inferior al superior.

«Entonces fué Jesús con ellos á una granja, llamada Gethsemani, y dijo á sus discípu-
los: «Sentáos aquí, miéntreis que yo voy allí, y hago oración.»—Y tomando consigo á
»Pedro, y á los dos hijos de Zebedeo, empezó a entristecerse y angustiarse.—Y entón-
ces les dijo: «Triste está mi alma hasta la muerte: esperad aquí, y velad conmigo.—
»Y habiendo dado algunos pasos, se postró sobre su rostro, e hizo oración, y dijo: Padre
»mío, si es posible, pase de mí este cáliz: mas no como yo quiero, sino como tú.»—Y
»vino á sus discípulos, y los halló dormidos, y dijo á Pedro: «Así, no habeis podido ve-
lar una hora conmigo?—Velad, y orad para que no entreis en tentación. El espíritu en
verdad pronto está, mas la carne enferma.»—Se fué de nuevo segunda vez, y oró, di-
ciendo: «Padre mío, si no puede pasar este cáliz sin que yo lo beba, hágase tu vo-
luntad.» (S. Mat. cap. XXVI, v. 36-42.)

«Y les dijo: «Mi alma está triste hasta la muerte: esperad aquí y velad.»—Y habien-
do ido adelante un poco, se postró en tierra; y pedía que, si ser pudiese, pasase de él
»aquella hora...—Y dijo: «Abba Padre, todas las cosas te son posibles, traspasa de
»mi este cáliz: mas no lo que yo quiero, sino lo que tú.» (S. Marc. cap. XIV, v. 34, 35,
36.)

«Y cuando llegó al lugar, les dijo: «Haced oración, para que no entreis en tentación.»
»Y se apartó él de ellos, como un tiro de piedra; y puesto de rodillas, oraba,—Dicien-
do: «Padre, si quieras, traspasa de mí este cáliz: Mas no se haga mi voluntad sino
»la tuya.»—Y le apareció un ángel del cielo, que le confortaba. Y puesto en agonía, ora-
ba con mayor vehemencia.—Y fué su sudor como gotas de sangre que corría hasta la
tierra.» (S. Luc. cap. XXII, v. 40-44.)

«Y cerca de la hora de nona clamó Jesús con grande voz, diciendo: «Eloí, Eloí, lamma sa-
»bachthani? esto es: Dios mío, Dios mío, ¡por qué me has desamparado?» (S. Mat.
cap. XXVII, v. 46.)

«Y á la hora de nona exclamó Jesús con grande voz, diciendo: Eloí, Eloí, lamma sa-
»bachthani? que quiere decir: ¡Dios mío, Dios mío, por qué me has desamparado?»
(S. Marc. cap. XV, v. 34.)

Los siguientes pasajes podrían originar alguna incertidumbre, y dar lugar á creer en
una identificación de Dios con la persona de Jesús; pero, aparte de que no pueden preva-
lecer contra los precisos términos de los que preceden, llevan además, en sí mismos su
propia rectificación.

«Y le decían: «Tú quién eres?» Jesús les dijo: «El Principio, el mismo que os hablo.
»—Muchas cosas tengo que decir de vosotros, y que juzgar: mas el que me envió es
»verdadero: y yo lo que oí de él, eso hablo en el mundo.» (Juan, cap. VIII, v. 25, 26.)

«Lo que me dió mi Padre es sobre todas las cosas, y nadie lo puede arrebatar de la
»mano de mi Padre.—Yo y el Padre somos una cosa.»

Es decir, que su Padre y él son uno solo por el pensamiento; puesto que él expresa
el pensamiento de Dios, y tiene su palabra.

«Entonces los Judíos tomaron piedras para apedrearle.—Jesús les respondió: «Muchas buenas obras os he mostrado de mi Padre, ¿por cuál obra de ellas me apedreadis?»—»Los Judíos le respondieron: «No te apedreamos por la buena obra, sino por la blasfemia: y porqué tú, siendo hombre, te haces Dios á tí mismo.»—Jesús les respondió: «¿No está escrito en vuestra ley: Yo dije: Díose sois?—Pues si llamó díoses á aquellos, á quienes vino la palabra de Dios, y la Escritura no puede faltar:—¿A mí, que el Padre santificó y envió al mundo, vosotros decís: Que blasfemáis: porque he dicho, soy Hijo de Dios?—Si no hago las obras de mi Padre, no me creáis.—Mas si las hago, aunque á mí no me queráis creer, creed á las obras; para que conozcais, y creáis que el Padre está en mí, y yo en el Padre.» (Juan, cap. X, v. 29-38.)

En otro capítulo, dirigiéndose á sus discípulos, les dijo:

«En aquel día vosotros conocereis que yo estoy en mi Padre, y vosotros en mí, y yo en vosotros.» (Juan, cap. XIV, v. 20.)

No ha de deducirse de estas palabras que Dios y Jesús sean *uno solo*, pues de lo contrario, sería preciso deducir de las mismas palabras que Dios y los apóstoles son igualmente *uno solo*.

IV.—Palabras de Jesús después de muerto.

«Jesús le dice: «No me toques, porque áun no he subido á mi Padre: mas vé á mis hermanos, y diles: Subo á mi Padre, y vuestro Padre, á mi Dios, y vuestro Dios.» (Juan, cap. XX, v. 17.)

«Y llegando Jesús les habló, diciendo: «Se me ha dado toda potestad en el cielo y en la tierra.» (S. Mat., cap. XXVIII, v. 18.)

«Y vosotros testigos sois de estas cosas.—Y yo envío al prometido de mi Padre sobre vosotros: mas vosotros permaneced aquí en la ciudad, hasta que seáis vestidos de la virtud de lo alto.» (S. Lue., cap. XXIV, v. 48, 49.)

Todo, pues, en las palabras de Jesús, ora en vida, ora después de muerto, revela una dualidad de personas perfectamente distintas, lo mismo que el profundo sentimiento de su inferioridad y subordinación con respecto al Sér supremo. Con su insistencia en afirmarlo espontáneamente, sin ser obligado ni solicitado por nadie, parece que quiere protestar anticipadamente contra la jerarquía que, segun prevé, se le asignará con el tiempo. Si hubiese guardado silencio acerca del carácter de su personalidad, hubiera quedado abierto el campo á todas las suposiciones y sistemas; pero la precision de su lenguaje desvanece toda especie de incertidumbre.

¿Qué mayor autoridad puede encontrarse que las mismas palabras de Jesús? Cuando él dice categóricamente: soy ó no soy tal ó cual cosa, ¿quién será osado á atribuirse el derecho de desmentirle, aunque fuese para colocarle á mayor altura que él no se coloca? ¿Quién racionalmente puede creerse más al corriente que el mismo Cristo acerca de su propia naturaleza? ¿Qué afirmaciones pueden prevalecer contra afirmaciones tan formales y múltiples como éstas:

«No he venido por mí mismo, pero el que me envió es el único Dios verdadero.—De parte de él vengo.—Digo lo que he visto en mi Padre.—No me toca á mí dárloslo, sino que será para aquellos á quienes lo tiene preparado mi Padre.—Me voy á mi Padre, porque mi Padre es mayor que yo.—¿Por qué me llamas bueno? Sólo Dios es bueno.—«No he hablado de mí mismo, sino mi Padre que me ha enviado es el que me ha indicado lo que debo decir.—Mi doctrina no es mia, sino que es la doctrina del que me ha enviado.—La palabra que habeis oido no es mi palabra, sino la de mi Padre que me ha enviado.—No hago nada por mí mismo, sino que digo lo que me ha enseñado mi Padre.—Nada puedo hacer por mí mismo.—No busco mi voluntad, sino la voluntad del que me ha enviado.—Os he dicho la verdad que he aprendido de Dios.—Mi alimento consiste en hacer la voluntad del que me ha enviado.—Vos que sois el único Dios verdadero, y Jesucristo á quien habeis enviado.—Padre mío, en tus manos encomiendo mi espíritu.—Padre mío, si es posible, haced que este cáliz se aparte de mí.—Dios mío, Dios mío,

»¿porqué me has abandonado?—Subo á mi Padre y á vuestro Padre, á mi Dios y á vuestro Dios.»

Cuando semejantes palabras se leen, pregúntase uno cómo ha podido ocurrirse siquiera el darle un sentido diametralmente opuesto al que con tanta claridad expresan; cómo ha podido siquiera pensarse en concebir una identificación completa de *naturaleza* y de *poder* entre el Señor y el que se confiesa su servidor. En este altercado que dura ya quince siglos, ¿cuáles son los documentos capaces de producir convicción? Los Evangelios—no hay otros—que, acerca del punto litigioso, no dejan lugar á duda alguna. A documentos auténticos, que no pueden recusarse sin negar la veracidad de los evangelistas y del mismo Jesús, documentos abonados por testigos de vista, ¿qué se opone? Una doctrina teórica puramente especulativa, nacida tres siglos más tarde de una polémica habida sobre la naturaleza abstracta del Verbo, vigorosamente combatida durante muchos siglos y que sólo por la presión de un poder civil absoluto ha conseguido prevalecer.

V. Doble naturaleza de Jesús.

Pudiera objetarse que, en razón de la doble naturaleza de Jesús, sus palabras eran la expresión de su sentimiento como hombre y no como Dios. Sin examinar en este momento por qué encadenamiento de circunstancias se llega, mucho más tarde, á la hipótesis de esa doble naturaleza, admitámola por un instante, y veamos si, en vez de dilucidar la cuestión, no la embrolla hasta el punto de hacerla insoluble.

Lo que debía ser humano en Jesús, era el cuerpo, la parte material, y desde este punto de vista se comprende que haya podido, y aún debido, sufrir como hombre. Lo que en él debía ser divino era el alma, el Espíritu, el pensamiento; en una palabra, la parte espiritual del Sér. Si sentía y sufria como hombre, debía pensar y hablar como Dios. ¿Hablabía como hombre ó como Dios? Hé aquí una cuestión importante para la autoridad excepcional de sus enseñanzas. Si hablabía como hombre, sus palabras son controvertibles; si como Dios, son indiscutibles; preciso es aceptarlas y conformarse con ellas so pena de deserción y de herejía, y el más ortodoxo será el que más se mantenga en ellas.

¿Se dirá acaso que bajo la forma humana Jesús no tenía conciencia de su naturaleza divina? Pues, si así hubiese sido, ni siquiera hubiera *pensado como Dios*; su naturaleza divina se hubiese hallado en estado latente y sólo la naturaleza humana hubiera presidido á su misión, así á sus actos morales como á los materiales. Es, pues, imposible, sin debilitar su autoridad, hacer abstracción de su naturaleza divina durante su vida.

Pero, si *ha hablado como Dios*, ¿por qué esa incesante protesta contra su naturaleza divina que, en el presente supuesto, no podía desconocer? Hubiérase engañado, lo que sería poco divino, ó hubiese engañado conscientemente al mundo, lo que sería menos divino aún. Difícil nos parece salir de este dilema.

Si se admite que ora ha hablado como Dios, ora como hombre, la cuestión se complica en virtud de la imposibilidad en distinguir lo procedente del hombre y lo procedente de Dios.

En el caso en que hubiese tenido motivos para ocultar su verdadera naturaleza durante su misión, el medio más sencillo era el de no hablar de ella, ó el de expresarse, como lo hizo en otras ocasiones, de un modo vago y parabólico sobre puntos cuyo conocimiento estaba reservado al porvenir. Pues bien; no es éste el caso presente, ya que sus palabras no adolecen de la más mínima ambigüedad.

En fin, si, á pesar de todas estas consideraciones, pudiera aún suponerse que, durante su vida, ignoró su verdadera naturaleza, esta opinión no es admisible para después de la resurrección; puesto que, cuando se aparece á sus discípulos, no es el hombre quien habla, sino el Espíritu separado de la materia, que debe haber recobrado la plenitud de sus facultades espirituales y la conciencia de su estado normal, de su identificación con la divinidad. Pues no obstante todo esto, entonces es cuando dice: *Subo á mi Padre, y vuestro Padre, á mi Dios, y vuestro Dios.*

Está también indicada la subordinación de Jesús por su misma calidad de mediador, que implica la existencia de una persona distinta. El es quien intercede para con el Pa-

dre; él quien se ofrece en sacrificio para redimir los pecados. Pues bien; si es el mismo Dios, ó si es igual a Dios en todo, no tiene necesidad de interceder, porque nadie intercede para consigo mismo.

ALLAN KARDEC.

(Se continuará.)

ENSAYO TEÓRICO DE LAS CURACIONES INSTANTÁNEAS. (1).

De todos los fenómenos espiritistas, uno de los más extraordinarios es, sin contradicción, el de las curaciones instantáneas. Se comprenden las curaciones producidas por la acción sostenida de un buen fluido; pero ¿cómo este fluido puede obrar una transformación instantánea en el organismo? Y sobre todo ¿por qué el individuo que posee esta facultad, no tiene acceso sobre todos los que adolecen de la misma enfermedad, admitiendo que haya especialidades? Sin duda que la simpatía de los fluidos es una razón; pero no satisface por completo, porque no tiene nada de positivo ni científico. Sin embargo, las curaciones instantáneas, son un hecho del que no puede dudarse. Si en su apoyo no se tuviera más que los ejemplos de los tiempos más remotos, podríamos, con alguna apariencia de fundamento, considerarlos como leyendas, ó al menos como abultados por la credulidad; pero cuando los mismos fenómenos se reproducen á nuestra vista, en el siglo más escéptico con respecto á las cosas sobrenaturales, no cabe la negación y se vé uno forzado á ver en ello, no un efecto milagroso, sino un fenómeno que debe tener su causa en leyes de la naturaleza aún desconocidas.

La siguiente explicación, deducida de las indicaciones facilitadas por un médium en estado de sonambulismo espontáneo, está basada en consideraciones fisiológicas, que nos parece que descubren un nuevo horizonte sobre esta cuestión. Esta explicación fué dada á instancias de una persona afectada de enfermedades muy graves, quien preguntaba si podía serla saludable un tratamiento fluidístico.

Por más racional que nos parezca, no la damos como absoluta, sino á título de hipótesis y como objeto de estudio, hasta que reciba la doble sanción de la lógica y de la opinión general de los Espíritus, única comprobación válida de las doctrinas espiritistas, que puede asegurar su perpetuidad.

En la medicación terapéutica se necesitan remedios apropiados al mal. El mismo remedio no puede tener dos virtudes contrarias: ser á un mismo tiempo estimulante y calmante, proporcionar el frío y el calor, no puede convenir para todos los casos, por cuya razón no hay remedio universal.

Lo mismo sucede con el fluido que cura, verdadero agente terapéutico, cuyas cualidades varían según el temperamento físico y moral de los individuos que lo transmiten. Hay fluidos que sobreexcitan y otros que calman, fluidos duros y otros suaves y de muchos otros matices. Según sus cualidades, tanto el mismo fluido como el remedio, podrá ser saludable en ciertos casos, ineficaz y aun pernicioso en otros; de dónde se sigue, que en principio, la curación depende de la apropiación de las cualidades del fluido á la naturaleza y á la causa del mal. Esto es lo que muchas personas no comprenden, y se maravillan de que un curandero no cure todos los males. En cuanto á las circunstancias que influyen en las cualidades intrínsecas de los fluidos, se ha tratado de ellas lo suficiente en el capítulo XIV del *Génesis*, y sería superfluo reproducir aquí lo dicho en aquella obra espiritista (2).

A esta circunstancia completamente física de las no-curaciones, es preciso que añadamos otra enteramente moral, que el Espiritismo nos enseña; y es, que la mayor parte de las enfermedades, así como todas las miserias humanas, son expiaciones presentes ó pa-

(1) *Revue spirite*, 1868, página 84.

(2) Disponemos ya su impresión en español. (N. de la R.)

sadas, ó pruebas para el porvenir; son deudas contraídas, cuyas consecuencias deben sufrirse hasta quedar en paz. Así, pues, no podrá curar aquel que ha de sufrir su prueba hasta el fin. Este principio es un motivo de resignación para el enfermo; pero no debe ser una excusa para el médico que buscára, en la necesidad de la prueba, el medio de poner á salvo su ignorancia.

Las enfermedades, consideradas bajo el solo punto de vista fisiológico, tienen dos causas no conocidas hasta hoy, las cuales no se hubieran podido apreciar ántes de los nuevos conocimientos facilitados por el Espiritismo; de la diferencia de estas dos causas resulta la posibilidad de las curaciones instantáneas, en casos especiales y no en todos.

Ciertas enfermedades tienen su causa original en la misma alteración de los tejidos orgánicos; la única que la ciencia ha admitido hasta hoy, y como no conoce para remediarla más que sustancias medicamentosas tangibles, no comprende la acción de un fluido impalpable cuyo propulsor es la voluntad. Sin embargo, ahí están las curaciones magnéticas para probar que esto no es una ilusión.

En la curación de las enfermedades de esta naturaleza por el influjo fluido, hay reemplazamiento de moléculas orgánicas mórbidas, por moléculas sanas; es la historia de una casa vieja cuyas piedras corroidas se reemplazan con piedras buenas; siempre tendremos la misma casa, pero restaurada y consolidada.

La sustancia fluida produce un efecto análogo al de la sustancia medicamentosa, con la diferencia de que, siendo mayor su penetración, en razón de la tenuidad de sus principios constitutivos, obra más directamente sobre las primeras moléculas del organismo, lo que no pueden hacer las moléculas más groseras de las sustancias materiales. En segundo lugar, su eficacia es más general, sin ser universal, porque sus cualidades son *modificables por el pensamiento*, mientras que las de la materia son fijas e invariables y sólo pueden aplicarse en determinados casos.

Tal es, en tesis general, el principio en que descansan los tratamientos magnéticos. Como no es ésta la ocasión de profundizar este asunto, añadamos someramente, como para memoria, que la acción de los remedios homeopáticos á dosis infinitesimales, está fundada en el mismo principio; elevada la sustancia medicamentosa al estado atómico, por la división, adquiere hasta cierto punto la propiedad de los fluidos, á excepción, sin embargo, del principio anfímico que existe en los fluidos animalizados, dándoles cualidades especiales.

En resumen, tratáse de reparar un desorden orgánico por la introducción en la economía, de materiales sanos, substituyendo los materiales deteriorados. Estos materiales sanos pueden propinarse por los medicamentos ordinarios en naturaleza; por estos mismos medicamentos en estado de división homeopática y, en fin, por el fluido magnético, que no es otra cosa que la materia espiritualizada. Estos son tres modos de reparación, mejor dicho, de introducción y asimilación de los elementos reparadores; los tres están igualmente en la naturaleza y tienen su utilidad según los casos especiales; éste es el motivo porque uno tiene buen resultado y otro no, pues habría parcialidad en negar los servicios prestados por la medicina ordinaria. Estas son, según creemos, las tres ramas del arte de curar, destinadas á suplirse y completarse, según las circunstancias; pero ninguna de ellas podría tener la pretensión de ser la panacea universal del género humano.

Así, pues, cada uno de estos medios podrá ser eficaz, si es oportuno y apropiado á la especialidad del mal; mas, sea de ello lo que se quiera, se comprende que la substitución molecular, necesaria para restablecer el equilibrio, no puede operarse sino gradualmente y no por encanto ó por la aplicación de un talismán; si la curación es posible, sólo puede ser resultado de una acción sostenida y perseverante, más ó menos larga, según la gravedad del caso.

Sin embargo, las curaciones instantáneas son un hecho, y como no pueden ser tampoco milagrosas, es menester que tengan lugar en circunstancias especiales y lo prueba el que no se verifican indistintamente en todas las enfermedades, ni en todos los individuos. Este es, pues, un fenómeno natural, cuya ley es necesario que busquemos; hágá aquí la ex-

plicacion que se ha dado sobre el particular; para comprenderla, era preciso que establecieramos el punto de comparacion que acabamos de exponer.

Algunas afecciones, aun graves y que hayan pasado al estado crónico, no reconocen como causa primera la alteracion de las moléculas orgánicas, sino la presencia de un fluido malo que las disgrega, por decirlo así, y perturba la economía.

En esto sucede como en un reloj, cuyas piezas están en buen estado; pero al que el polvo párta su curso ó desarregla el movimiento; no debe reemplazarse ninguna pieza, y sin embargo, no funciona; para restablecer la regularidad del movimiento, basta quitar del reloj el obstáculo que impide sus funciones.

Tal es el estado de un gran número de enfermedades cuyo origen se debe á los fluidos perniciosos que penetraron el organismo. Para obtener la curacion no hay necesidad de reemplazar las moléculas deterioradas, sino expulsar un cuerpo extraño; desapareciendo la causa del mal, se restablece el equilibrio y las funciones vuelven á tomar su curso.

Se concibe que en semejante caso, los medicamentos terapéuticos destinados por su naturaleza á obrar sobre la materia, no tengan ninguna eficacia sobre un agente fluidico; de consiguiente, la medicina ordinaria es impotente en todas las enfermedades causadas por los fluidos viciados, que son muchas. A la materia puede oponerse la materia; pero á un fluido malo, es necesario oponer un fluido mejor y más potente. La *medicacion terapéutica* fracasa naturalmente contra los agentes fluidicos; por la misma razon la *medicina fluidica* fracasa en donde es menester oponer la materia á la materia; nos parece que la *medicina homeopática* debe ser la intermediaria, el guion entre los dos extremos, y debe dar buenos resultados en las afecciones que podríamos llamar mixtas.

Cualquiera que sea la pretension de cada uno de estos sistemas de llevar la supremacía, lo positivo es que cada uno de por si, obtiene resultados incontestables; pero que hasta el presente ninguno ha justificado estar en posesion exclusiva de la verdad, por lo que es preciso deducir, que todos tienen su utilidad y que lo esencial es su oportuna aplicacion.

No debemos ocuparnos aquí de los casos en que es aplicable el tratamiento fluidico, sino de la causa por la cual este tratamiento puede algunas veces ser instantáneo, mientras que en otros casos exige una accion sostenida.

Esta diferencia procede de la naturaleza misma de la causa primera del mal. Dos afecciones que en apariencia presentan síntomas idénticos, pueden tener causas diferentes; la una puede determinarse por la alteracion de las moléculas orgánicas; y en este caso, es menester reparar, reemplazar, como se ha dicho, las moléculas deterioradas por moléculas sanas, operacion que no puede hacerse sino gradualmente; la otra por infiltracion en los órganos sanos de un fluido malo que turba sus funciones. En este caso, no se trata de reparar, sino de expulsar. Estos dos casos requieren en el fluido curador cualidades diferentes; en el primero, es necesario un fluido más suave que violento, rico sobre todo en principios reparadores; en el segundo, un fluido enérgico más propio para la expulsion que para la reparacion; segun la calidad del fluido, la expulsion puede ser rápida y como por efecto de una descarga eléctrica. El enfermo, libre repentinamente de la causa que le hace sufrir, se siente aliviado inmediatamente, como sucede en la extraccion de una muela cariada. Como el órgano no está alterado, vuelve á su estado normal y ejerce libremente sus funciones.

De este modo pueden explicarse las curaciones instantáneas que en realidad no son más que una variedad de la accion magnética. Como se vé, descansan en un principio esencialmente fisiológico y no tienen nada de milagrosas, como tampoco lo tienen los otros fenómenos espiritistas. Se comprende, desde luego, por qué esta clase de curaciones no son aplicables á todas las enfermedades. El buen éxito depende á la vez de la causa primera del mal, que no es la misma en todos los individuos, y de las cualidades especiales de los fluidos que se emplean. Resulta de esto, que una persona que produce efectos rápidos, no es siempre á propósito para un tratamiento magnético regular, y que hay excelentes magnetizadores que son impropios para curaciones instantáneas.

Esta teoria puede reasumirse de este modo: «Cuando el mal exige la reparacion de ór-

gáos alterados, la curacion es necesariamente lenta y requiere una acción sostenida y un fluido de una cualidad especial; cuando se trata de la expulsion de un mal fluido, puede ser rápida y aún instantánea »

Para simplificar la cuestión, hemos considerado únicamente los dos puntos extremos; pero entre los dos hay maticos infinitos, es decir, una multitud de casos en que existen las dos causas simultáneamente en grados diferentes, con más ó menos preponderancia en una ó en otra, y por consiguiente, es preciso expulsar y reparar simultáneamente. Segun la causa que predomina, la curacion es más ó menos lenta; si es la del mal fluido, despues de la expulsion, es necesario la reparacion, si es la del desorden orgánico, despues de la reparacion, debe hacerse la expulsion. La curacion no se completa sinó despues de la destrucción de las dos causas. Este es el caso más ordinario; hé aquí porqué los tratamientos terapéuticos necesitan completarse muchas veces por un tratamiento fluidico y vice-versa; por esta razon las curaciones instantáneas que tienen lugar en casos en que el predominio fluidico es, por decirlo así, exclusivo, nunca podrán ser un medio curativo universal; de consiguiente, no podrán ser llamadas á subplantar ni la medicina ordinaria, ni la homeopática, ni el magnetismo ordinario.

La curacion instantánea radical y definitiva puede considerarse como un caso excepcional, en atencion á que es raro: primero, que sea completa en el mismo momento la expulsion del fluido malo; y segundo, que la causa fluidica no esté acompañada de alguna alteración orgánica, lo que obliga en uno y otro caso á repetir la operacion.

En fin, como los fluidos malos sólo pueden venir de Espíritus malos, su introducción en la economía se enlaza muy á menudo con la obsesión, y resulta que para obtener la curacion, es menester tratar á la vez al enfermo y al Espíritu obsesor.

Estas consideraciones manifiestan que es menester tener en cuenta muchas cosas en el tratamiento de las enfermedades, y lo mucho que falta aún aprender sobre este asunto. Por lo demás, vienen á confirmar un hecho capital que resalta en la obra *El Génesis*, esto es, la alianza del Espiritismo con la ciencia. El Espiritismo marcha sobre el mismo terreno que la ciencia hasta los límites de la materia tangible; pero mientras la ciencia se detiene en este punto, el Espiritismo continua su curso y prosigue sus investigaciones de los fenómenos de la naturaleza, con ayuda de los elementos que saca del mundo extra-material; ésta es la sola solución de las dificultades conque tropieza la ciencia.

ALLAN KARDEC.

EL CORRESPONSAL DEL DIARIO DE BARCELONA Y EL ZUAVO JACOB.

El *Diario de avisos* de esta capital, en 23 de junio próximo pasado, página 6682, insertó una carta de su corresponsal de París de fecha 9 de setiembre de 1867, que la Redaccion desenterraría de sus archivos, figurándose quizá que con ella descargaba *sesudamente* el golpe de gracia contra la opinion de los que creen, que pueden existir curaciones instantáneas *no milagrosas*, y si sujetas á una ley de la naturaleza. Recomendamos á nuestros lectores se enteren de tan interesante documento, que no copiamos; porque necesitamos aprovechar las columnas de nuestra REVISTA, y les suplicamos formen su opinion, cotejándolo con los siguientes apuntes que damos de

El Zuavo curandero del campo de Chalons.

L' Echo de l'Aisne, 1.^o de agosto de 1866:

«En nuestras comarcas sólo se habla de las maravillas obtenidas en el campo de Chalons, por un jóven zuavo espíritista, que todos los días hace muchos milagros.

»Numerosos grupos de enfermos se dirigen á Chalons, y parece increíble los muchos que vuelven curados.

»Estos últimos días, un paralítico, que fué en carriage á ver al jóven espíritista, se encontró curado radicalmente y volvió á su casa á pie.

»El que pueda, que explique lo que tengan de prodigiosos estos hechos, puesto que son exactos, y los afirman un gran número de personas inteligentes y dignas de fe.—Renaud.

Le Petit Journal, 17 de agosto de 1866.

«Este zuavo, simple músico, hace tres meses es el héroe del campo y de sus cercanías. Es un hombre pequeño, flaco, moreno, de ojos hundidos profundamente en la órbita; una verdadera fisonomía de sacerdote turco. Se cuentan de él cosas increíbles, y me veo obligado á referir únicamente lo que de él se dice; porque, hace algunos días, tuvo que interrumpir las sesiones públicas que daba en el mesón de la *Meuse*. Venía la gente de diez leguas á la redonda, recibía de 25 á 30 enfermos á la vez, y á su voz, á su vista, á su tacto, los sordos oían, los mudos hablaban y los cojos se volvían sin muletas.

»¿Es esto verdad? no puedo decirlo. Yo he hablado una hora con él. Se llama Jacob, es de la Borgoña, se expresa fácilmente, me ha parecido un hombre de los más convencidos y más inteligentes. Ha rehusado siempre toda clase de remuneración y ni siquiera admite las gracias.»

L'Echo, 4 agosto de 1866.

«En el número del miércoles último digisteis que sólo se hablaba en nuestras comarcas de las curaciones, hechas en el campo de Chalons por un joven zuavo espiritista.

»Yo creo que haré bien rogándoos que rebajeis algo; porque un verdadero ejército de enfermos se dirige todos los días hacia el campo: los que regresan satisfechos instan á los otros para que les imiten; por el contrario, aquellos que no han ganado nada en el viaje, no cesan de blasfemar y hacer burla.

»Entre estas dos opiniones extremas, hay una prudente reserva que «buen número de enfermos» deben tomar por regla de conducta y guía de lo que pueden hacer.

»Estas «curas maravillosas», estos «milagros», como les llaman la generalidad de los mortales, no tienen nada de maravilloso, ni milagroso.

»A primera vista, causan admiración; porque no son comunes, pero como nada de lo que sucede se hace sin causa, se ha tenido que buscar la que produce tales hechos, y la ciencia lo ha explicado.

»Las impresiones morales vivas han tenido siempre la facultad de obrar sobre el sistema nervioso;—las curas obtenidas por el zuavo espiritista sólo alcanzan á las enfermedades de este sistema. En todo tiempo, tanto en la antigüedad, como en los tiempos modernos, se han visto curaciones por la sola fuerza de la influencia de la imaginación, influencia probada por gran número de hechos;—no hay, pues, nada de extraordinario en que hoy, las mismas causas produzcan idénticos resultados.

»De consiguiente, sólo los enfermos del «sistema nervioso» deben ir, ver y esperar.—X.»

El Zuavo curandero del campo de Chalons (1).

Antes de ocuparnos de este asunto, haremos una breve observación sobre el artículo publicado en «El Eco del Aisne», en 4 de agosto del año actual (*referencia al artículo anterior*). El autor hace constar los hechos y los explica á su modo. Segun él, estas curaciones no tienen nada de maravilloso ni de milagroso. Sobre este punto, estamos completamente de acuerdo: el Espiritismo dice terminantemente que no hay milagros; que todos los hechos, *sin excepción*, que se producen por la influencia medianímica, se deben á una fuerza natural, y se realizan en virtud de una ley tan natural, como la que trasmite un despacho de uno á otro lado del Atlántico, en algunos minutos. Antes del descubrimiento de la ley de la electricidad, un hecho semejante hubiera pasado por el milagro de los milagros. Supongamos por un instante que Franklin, más iniciado aún de lo que estaba sobre las propiedades del fluido eléctrico, hubiese extendido un hilo metálico á través del Océano, y establecido una correspondencia instantánea entre Europa y América, sin manifestar el procedimiento, ¿qué se hubiera pensado de él? Incontestablemente

(1) *Revue spirite*, 1866, págs. 312-320.

se hubiese dicho que era un milagrero; se le hubiera atribuido un poder sobrenatural; para muchos hubiese pasado por un hechicero ó por tener el diablo á sus órdenes. El conocimiento de la ley de la electricidad ha reducido este pretendido prodigo, á las proporciones de los efectos naturales. Lo mismo sucede con otra multitud de fenómenos.

Pero ¿se conocen todas las leyes de la naturaleza? ¡la propiedad de todos los fluidos? ¿No podría suceder que un fluido desconocido, como lo ha sido durante tanto tiempo la electricidad, sea la causa de efectos inexplicados, y produzca sobre la economía resultados imposibles para la ciencia y para los medios limitados de que puede disponer? Pues bien; hé aquí todo el secreto de las curaciones medianímicas; mejor dicho, no hay secreto; porque el Espiritismo no tiene misterios, sino para aquellos que no se toman la molestia de estudiarlo. Estas curaciones tienen simplemente por principio una acción fluidica, dirigida por el pensamiento y la voluntad, en vez de un hilo metálico. Lo principal es conocer las propiedades de este fluido, las condiciones en que se puede obrar y saberlo dirigir. Además, es menester un instrumento humano, provisto suficientemente de semejante fluido y apto para darle la energía suficiente.

Esta facultad no es privilegio de un individuo, por la misma razón que está en la naturaleza; muchos la poseen, pero en diferentes grados, como todo el mundo tiene la facultad de ver más ó menos lejos. En el número de los que están dotados de ella, algunos obran con conocimientos de causa, como el zuavo Jacob; otros, sin saberlo ellos y sin saber lo que les pasa, saben que curan y nada más. Preguntadles cómo, y no pueden contestaros. Si son supersticiosos, atribuirán su poder á una causa oculta, á la virtud de algún talismán ó amuleto, que en realidad para nada sirve. Un buen número de personas son ellas mismas causa primera de los efectos que les admirán, y que no se explican. Entre los que los niegan más obstinadamente, hay más de uno que es *médium* sin saberlo.

El periódico en cuestión, dice: «Las curas obtenidas por el zuavo espiritista, no son más que las de dolencias del sistema nervioso; dependen de la influencia de la imaginación, hecho probado por un gran número de casos; hubo curaciones de esta naturaleza en la antigüedad, como las hay en los tiempos modernos; no tienen, pues, nada de extraordinario.»

Diciendo que Jacob no ha curado otra cosa que las afecciones nerviosas, el autor es un poco ligero; porque los hechos contradicen esta afirmación. Pero admitamos que así sea; estas clases de afecciones son innumerables y precisamente de aquellas en que la ciencia se vé obligada muchas veces á confesar su impotencia; si por cualquier medio puede triunfarse de ellas, ¡no sería éste un resultado importante! Si este medio está en la influencia de la imaginación ¡qué importa! Pero ¿por qué lo despreciaríamos? ¡No vale más curar excitando la imaginación, que no curar de ningún modo! Sin embargo, nos parece difícil que sólo la imaginación, aunque se sobreexcite hasta el más alto grado, pueda hacer andar á un paralítico, y enderezar un miembro *anquilitosado*. En todo caso, puesto que, según el autor, las enfermedades nerviosas se han curado en todos tiempos, por la influencia de la imaginación, los médicos tienen menos excusa, obstinándose en emplear medios impotentes, cuando la experiencia les enseña otros eficaces. El autor, sin quererlo, hace su propio proceso.

Más, dice, Jacob no cura á todo el mundo. Es posible y aún cierto; pero ¿qué prueba esto? Que no hay un poder curativo universal. El hombre que tuviera este poder, sería igual á Dios, y el que tuviese la pretensión de poseer este poder, sería un zote presumtuoso. Aun cuando no se curasen más que cinco enfermos, de diez, reconocidos incurables por la ciencia, bastaría esto para probar la existencia de la facultad. ¡Hay muchos médicos que puedan hacer lo mismo!

Conocemos personalmente á Jacob, hace mucho tiempo, como médium escribiente y propagador celoso del Espiritismo; sabíamos que había hecho algunos ensayos parciales de mediumnidad curativa; pero, según parece, esta facultad ha tomado en él un desarrollo rápido y considerable, durante su estancia en el campamento de Chalons. Uno de nuestros colegas de la sociedad de París, el Sr. Boivinet, que habita el departamento de

L'Aisne, nos hizo el favor de remitirnos la narración circunstanciada de los hechos, que son de su conocimiento personal. Sus profundos conocimientos en Espiritismo, unidos á un carácter exento de exaltación y entusiasmo, le han permitido apreciar sanamente las cosas. Su veracidad tiene, pues, para nosotros todo el valor de la de un hombre muy honrado, imparcial e ilustrado, y su narración tiene toda la autenticidad que pueda desearse. De consiguiente, los hechos atestiguados por él, los tenemos por tan verdaderos, como si nosotros mismos los hubiésemos presenciado. La extensión de estos documentos no nos permite publicarlos por completo en la Revista; pero los hemos coordinado para utilizarlos ulteriormente, limitándonos por hoy, á citar los pasajes más esenciales.

«.....Siendo mi ánimo justificar completamente la confianza que teneis en mí, me he informado tanto por mí mismo, como por personas muy honradas y dignas de fe, de las curaciones bien probadas, operadas por Jacob. Estas personas, por lo demás, no son espirituistas, lo que quita todo motivo de sospecha y de parcialidad en favor del Espiritismo.

»Yo reduzco á una tercera parte las apreciaciones de Jacob sobre el número de enfermos que ha recibido; pero me parece que me quedare corto, muy corto quizá, fijando el número en 4.000, sobre los cuales la cuarta parte han curado y las otras tres partes se han aliviado. La afluencia era tal, que la autoridad militar ha tomado providencias deteniéndolo y prohibiendo las visitas para lo sucesivo. El mismo jefe de la estación del camino de hierro, me ha dicho que todos los días llegaban masas innumerables de enfermos al campamento.

»En cuanto á la naturaleza de las enfermedades sobre las cuales ha podido ejercer más particularmente su influencia, me parece imposible poderlo determinar. Particularmente los achacosos, son los que se han dirigido á él y los que por consecuencia figuran en mayor número entre sus *clientes satisfechos*; pero muchos otros afligidos podrían presentársele con buen resultado.

»Así es que en Chartres, pueblo vecino del que yo habito, he visto diferentes veces á un hombre de cincuenta años, poco más ó menos, que desde 1856 arrojaba todos los alimentos que tomaba. En el momento que fué á ver al zuavo, estaba completamente enfermo, y al menos vomitaba tres veces al día. Cuando Jacob le vió, le dijo: «Estais curado», y en el acto le convidió á comer y beber. El pobre labriego, á pesar de su aprensión, bebió y comió, y no se encontró mal. Hace tres semanas no ha experimentado ningún mal estar. La curación ha sido instantánea. Inútil es añadir que Jacob no le hizo tomar ningún medicamento, ni le prescribió ningún tratamiento. Sólo su acción fluídica, como una descarga eléctrica, ha sido suficiente para restablacer los órganos á su estado normal.»

Observación.—Este hombre es una de esas naturalezas que no se exaltan por nada. Si, pues, una sola palabra bastó para sobrecitar su imaginación, hasta el punto de curar instantáneamente una gástrica crónica, sería preciso convenir en que el fenómeno es aún más sorprendente que la curación, y merecería llamar la atención.

»La hija del dueño de la fonda de Meuse, en Mourmelon, enferma del pecho, estaba débil hasta el extremo de no poderse levantar de la cama. El zuavo la invitó á que se levantara, lo que hizo en seguida; con admiración de todos los espectadores, bajó la escalera sin auxilio de nadie, y fué á pasearse por el jardín con su nuevo médico. Desde aquel día, la joven está buena. Yo no soy médico, pero no creo que esta enfermedad sea nerviosa.

»M. B., dueño de una casa de pupilos, á quien la idea de la intervención de los Espíritus en estos asuntos subleva, me contaba que una señora enferma del estómago, hacía mucho tiempo, había sido curada por el zuavo, y que desde entonces, ha engordado notablemente.

Observación.—Este señor, á quien la idea de la intervención de los Espíritus exaspera, ¿se enfadará mucho cuando muera, al asistir á las personas que ame, curarlas y probarles que no se ha perdido para ellas?

»En cuanto á los achacosos, propiamente dichos, los resultados obtenidos sobre ellos son extraordinarios; porque á la vista se pueden apreciar los resultados.

»En Trelop, pueblo situado á 7 ó 8 kilómetros de ésta, un anciano de setenta años

estaba tullido y no podía hacer nada. Moverse de la silla era casi imposible. La curación ha sido completa e instantánea.

»Una muger de Mourmelon tenía una pierna tullida, paralizada, su rodilla se encoraba hacia el estómago. Ahora pasea, y está buena.

»El dia en que se le privó al zuavo curar, un albañil, recorria por Mourmelon desesperado, y quería acogotar á los que impedían al médium que trabajase. Este albañil tenía los dos puños vueltos hacia el interior de los brazos; hoy los tiene buenos, como los otros, y gana dos francos diarios más que ántes.

»Cuantas personas han sido conducidas á Chalons, han podido regresar solas, habiendo vuelto enseguida á recobrar el uso de sus miembros.

»Un niño de 5 años, que llevaron de Reims y que nunca había podido andar, caminó enseguida.

»El hecho siguiente fué, por decirlo así, el punto de partida de la facultad del médium, ó al menos del ejercicio público de esta facultad que se ha hecho notoria:

»Llegando á la Ferté-sous-Jouarre, y dirigiéndose al campo, el regimiento de zuavos estaba reunido en la plaza pública. Antes de romper filas, la música ejecutó una pieza. En el número de los espectadores se encontraba una niña en un pequeño carruaje, tirado por sus padres. Uno de los camaradas del zuavo le indicó la niña. Cuando la música concluyó de tocar, se dirigió hacia ella, y dijo á sus padres: «Está enferma la niña! —No puede andar, se le contestó; hace dos años que lleva en la pierna un aparato ortopédico. —Quítádselo, pues no tiene necesidad de él.» Así se hizo, no sin alguna repugnancia, y la niña echó á andar. Fueron al café y el padre, loco de alegría, quería ajustar toda la botillería al cafetero, para que bebieran los zuavos.

»Voy á deciros ahora el modo como el médium procedía, es decir, voy á reseñaros una sesión á la cual yo no asistí; pero que me he hecho detallar por algunos enfermos.

»El Zuavo hacia entrar á sus enfermos. El número de éstos era proporcionado á las dimensiones del local. Este es el motivo, segun se asegura, de haberse trasladado de la fonda de Europa en donde no podía admitir sino diez y ocho personas á la vez, á la de la Meuse, en donde puede admitir veinte y cinco, ó treinta. Se hace entrar primero á los que han venido de más lejos. Despues de diez minutos de silencio y de inmovilidad general, se dirige á algunos enfermos, y les pregunta cómo se encuentran. Despues paseando alrededor de la mesa á que están sentados los enfermos, les habla, pero sin guardar orden; les toca, pero sin gestos ni manipulaciones como las de los magnetizadores; despues despacha á la gente, diciendo á los unos: «Estais curados, marchaos»; á otros: «Vosotros curareis sin hacer nada, sólo tenéis debilidad»; á algunos, aunque muy raros: «Yo no puedo nada con vosotros». Si se le quieren dar las gracias, contesta militarmente que él no hace otra cosa que dar gracias, y les hace salir. Algunas veces les dice: «Las gracias debeis dirigirlas á la Providencia.»

»El 7 de Agosto, una orden del General vino á interrumpir el curso de sus sesiones. En el mismo momento de la prohibición y visto la afluencia enorme de enfermos, en Mourmelon, tuvo que emplearse con respecto al Zuavo, un medio sin precedente. Como no había cometido ninguna falta y observaba siempre la más exacta disciplina, no se le podía poner preso. Se destinó un plantón á su persona con orden de seguirle á todas partes para impedir que nadie se le acercara.

»Según me han dicho, se le han tolerado todas las curaciones, mientras no se ha pronunciado la palabra Espiritismo. Desde este momento, se ha usado de rigor contra Jacob.

»¿De dónde procede, pues, el espanto que causa el solo nombre del Espiritismo, aun en el momento en que sólo hace bien, consuela á los afligidos y alivia á la humanidad doliente? En cuanto á mí, creo que ciertas gentes temen que haga demasiado bien.

»A primeros de Setiembre, Jacob tuvo á bien pasar dos días en mi casa, cumpliendo una promesa eventual que me hizo en el campo de Chalons. El placer que tuve al recibírle se ha centuplicado por los servicios, que ha podido prestar á muchos desgraciados. Despues de su regreso, me he puesto al corriente todos los días del estado de los enfer-

mos curados, y os remito el resultado de mis observaciones.» (Sigue una larga lista de las curaciones obtenidas, con expresión de nombres, edad y clase de enfermedad.)

EL CURANDERO DE SANS.

Desde la publicación de nuestro último número, ha tenido lugar en el vecino pueblo de Sans, un hecho que debemos poner en conocimiento de nuestros lectores.

Pocos días después de dado á luz aquél, la noticia de curaciones calificadas por el público de milagrosas que en aquel pueblo verificaba un sujeto, corrió con la velocidad de la chispa eléctrica por esta ciudad y pueblos comarcanos, lo que motivó la afluencia de miles de personas al lugar citado, las unas por curiosidad, las otras con el afán de librarse de sus dolencias. Las masas invadieron los campos de la población vecina, buscando cada cual la satisfacción de su deseo, lo que debió llamar muy particularmente la atención de las autoridades, por cuanto el referido curandero—como el público le apellidó—fue detenido y entregado á los tribunales.

Después de algunos días de cárcel, D. Nicasio Unsiti, que así se llama, ha sido excarcelado con fianza, regresando á su hogar doméstico; de consiguiente, mientras el interesado esté bajo la acción de los tribunales, no creemos prudente entrar en materia sobre este asunto, ni aducir pruebas de su facultad medianímica.

Unsiti, es persona muy conocida, hombre de bien y de excelentes costumbres; espirituista ardiente, se dedica á las prácticas de la caridad, y cuando no le alcanzan los escasos recursos que le proporciona su profesión de maestro de instrucción primaria, recurre á la caridad espiritual, rogando á Dios por los que sufren, dando buenos consejos, *perdonando á los que te calumnian* y ejerciendo la curación medianímica, cuando tiene facultades para ello. Nosotros, como muchos, creemos que se han verificado algunas curaciones bajo su influencia magnética; sin embargo, no le consideramos con privilegio para eximirse de las alternativas que sufre toda clase de medianismo. Y puesto que la facultad de curar con sujeción á la ley de los fluidos, tan poco conocida aún, se desarrolla por todas partes, no nos cansaremos de recomendar un estudio profundo sobre este fenómeno, que léjos de ser milagroso, está sujeto á leyes naturales e ineludibles, como todo lo que tiene origen en la infinita sabiduría de Dios.

Ofrecemos insertar en nuestra Revista, todo cuento de más notable se haya escrito y llegue á nuestra noticia sobre curaciones medianímicas, y aconsejamos á todos y particularmente á los médiums, que consulten á menudo el «Libro de los Médiums (1)», para poderse preavver en lo posible de los escollos, que nunca faltan en este mundo de pruebas.

CONVERSACIONES FAMILIARES DE ULTRA-TUMBA.

ASESINATO DE CINCO NIÑOS POR UNO DE DOCE AÑOS.

Se lee en la *Gaceta de Silesia*:

«Escriben de Bolkenhara, 20 de Octubre 1857, que un horroroso crimen acaba de ser cometido por un joven de 12 años. El domingo último, 25 del mes, tres hijos del señor Hubner, chapucero, y dos del señor Fritche, zapatero, jugaban juntos en el jardín de este

(1) Libro de los Médiums, c. XIV, 2^a parte, cap. XVIII, id. y cap. XXIII id.

último. El joven H... conocido por su mal carácter, se asoció á sus juegos, y les persuadió á que se metieran en un cofre colocado en una casita del jardín, y que servía al zapatero para trasportar sus mercancías á la feria. Apénas podían caber en él los cinco niños, pero se aprietan, y se ponen los unos sobre los otros riendo. Luego que estuvieron dentro, cerró el monstruo el cofre, se sentó encima y estuvo tres cuartos de hora escuchando primero sus gritos, y después sus gemidos.

»Cuando en fin cesó su estertor, y les creyó muertos, abre el cofre, mas los niños respiraban aún. Lo vuelve á cerrar, corre el cerrojo, y se va á hacer volar una cometa. Pero fué visto al salir del jardín por una niña. Se comprende la ansiedad de los padres, cuando se apercibieron de la desaparición de sus hijos, y su desesperación cuando después de muchas investigaciones los encontraron en el cofre. Uno de los niños vivía aún, pero no tardó en morir. Denunciado por la niña que lo había visto salir del jardín, el joven H..., confesó su crimen con la mayor sangre fría, y sin manifestar ningún arrepentimiento. Las cinco víctimas, un niño y cuatro niñas de cuatro á nueve años han sido hoy enterrados juntos.»

Observación.—El Espíritu interrogado es el de la hermana del médium, muerta hace doce años; pero que ha demostrado siempre mucha superioridad como Espíritu.

1. ¿Habéis oido la relación que se acaba de leer del asesinato cometido en Silesia por un niño de doce años en otros cinco niños?—Sí, mi pena exige que escuche aún las abominaciones de la tierra.

2. ¿Qué motivo ha impelido á un niño de esa edad, á cometer una acción tan atroz y con tanta sangre fría?—La maldad no tiene edad; es natural en un niño, y razonada en el hombre.

3. Cuando existe en un niño, sin raciocinio, ¿no denota la encarnación de un Espíritu muy inferior?—Entonces procede directamente de la perversidad del corazón; es su propio Espíritu quien le domina y le arrastra á la perversidad.

4. ¿Cuál podía haber sido la existencia anterior de semejante Espíritu?—Horrible.

5. En su existencia anterior ¿pertenecía á la tierra ó á un mundo más inferior?—No lo veo bastante claro, ha osado venir á la tierra, y será por ello doblemente castigado, porque debía pertenecer á un mundo mucho más inferior.

6. ¿Tenía el niño á esa edad conciencia del crimen que cometía, y es responsable de él como Espíritu?—Tenía la edad de la conciencia, y esto basta.

7. Puesto que ese Espíritu había osado venir á la tierra, que es demasiado elevada para él, ¿puede ser obligado á volver á un mundo análogo á su naturaleza?—Su castigo consiste justamente en retroceder; es un verdadero infierno. Este es el castigo de Lucifer, del hombre espiritual rebajado hasta la materia; el velo que le oculta en adelante los dones de Dios y su divina protección. Esforzaois pues en volver á conquistar esos bienes perdidos; entonces habréis ganado el paraíso que Cristo vino á abriros. La presunción y el orgullo del hombre fueron los que quisieron conquistar lo que sólo pertenecía á Dios.

Observación.—Se ha hecho una observación á propósito de la palabra *osado* usada por el Espíritu, y se han citado ejemplos relativos á la situación de los Espíritus que hallándose en mundos demasiado elevados para ellos, han tenido que volver á un mundo más análogo á su naturaleza. Una persona hace observar, á este objeto, que ha sido dicho que los Espíritus no pueden retroceder. A esto se responde que, en efecto, los Espíritus no pueden retroceder en el sentido de que no pueden perder lo que han adquirido en ciencia y en moralidad, pero pueden retroceder respecto á la posición. Un hombre que usurpa una posición superior á la que le corresponde por sus capacidades ó fortuna, puede ser obligado á abandonarla y á volver á su puesto natural; pero no es esto lo que se puede llamar decaer, puesto que no hace más que volver á entrar en su esfera, de la que había salido por ambición ó por orgullo. Lo propio sucede con respecto á los Espíritus que quieren elevarse demasiado pronto á los mundos que no les corresponden.

Los Espíritus superiores pueden igualmente encarnarse en mundos inferiores, para

cumplir una misión de progreso; esto no se puede llamar retroceder, sino que es abnegación.

8. ¿En qué es superior la tierra al mundo á qué pertenece el Espíritu de que acabamos de hablar?—Se tiene en él una débil idea de la justicia; es un principio de progreso.

9. ¿Resulta, pues, que en esos mundos inferiores á la tierra no hay ninguna idea de justicia?—No; sólo viven allí los hombres para sí, y no tienen otro móvil que la satisfacción de sus pasiones e instintos.

10. ¿Cuál será la posición de ese Espíritu en una nueva existencia?—Si el arrepentimiento viene á borrar, yá que no enteramente, al menos en parte, la enormidad de sus faltas, entonces quedará en la tierra; si, por el contrario, persiste en lo que llamais la impenitencia final, irá á una morada en la que el hombre está al nivel del animal.

11. Segun eso ¿puede encontrar, en la tierra, los medios de expiar sus faltas sin verse obligado á volver á un mundo inferior?—El arrepentimiento es sagrado á los ojos de Dios, porque en él el hombre se *juzga á si mismo*, lo que es raro en vuestra planeta.

DISERTACIONES ESPIRITISTAS.

ALBORES.

El tiempo llega... ¡Ha llegado yá!

El mundo de la tierra saluda *los nebulosos ábores* del dia de su regeneración. Es una aurora tempestuosa; pero una aurora, á la postre; el despertar de un dia nuevo, y todos los días implican un adelanto para la humanidad.

No hay que temer por la suerte del mundo. Será todo lo propicio, todo lo feliz que corresponde al nuevo cielo, que se inicia. Esas luchas terribles, esos terribles y sangrientos combates tienen su elevado fin providencial. Nunca abre más los ojos de la inteligencia el médico, que cuando la enfermedad toma mayores creces y peor aspecto. El médico de la humanidad, sus directores, dormía descuidadamente. Ha sido preciso despertarle, y el ruido de las armas y el extruendo de la revolución le han despertado. Velad vosotros, estad alerta; porque principia *la abominación de la desolación*. Pero sabed que principia, y es necesario que concluya. El mal tomará creces, la llaga se ahondará y aparecerá hasta gangrenosa; pero entonces el remedio desarrollará toda su virtud curativa. Velad y orad, no sea que os pille dormido el ladrón, al entrar por la ventana.

DARBOY.

SOGIEDAD DE ESTUDIOS ESPIRITISTAS DE ALICANTE.

30 Mayo 1871.

MÉDIMM.—J. P.

Voy á escribir una idea sobre Espiritismo; escucha: La hora de la regeneración del hombre en la tierra ha llegado, surcando los piélagos del infinito. Saludemos con emoción profunda al astro de luz y de inteligencia: *Al Espiritismo*, que viene á herir de muerte el error y la incertidumbre, y á inundarlos de verdad, de esperanza y de vida.

La aurora de tan hermoso dia descúbrese en lontananza sobre un horizonte puro como la virtud, sereno como la fe, diáfano como la verdad y transparente como la convicción íntima y real que está muy lejos de engañarnos. Tal es el crepúsculo que precede al nue-

vo día, figuraos su explendor cuando ese astro llegue á la mitad de su carrera, al zenit de nuestro hemisferio, al foco de nuestra inteligencia.

Muy lejos estábamos de gozarnos en la contemplacion de la grande obra; un átomo de realidad tan sólo nos deslumbrára en medio de nuestra ceguera, y este destello divino, no lo dudemos, será la vía láctea que guiará nuestros espíritus al centro de ese infinito delineado por la sabiduría de Dios, morada suya, punto desde donde parten las emanaciones de su grandeza.

¡Cuán distantes estamos de ese centro divino! Incommensurable es la distancia que nos separa y eternos los días de nuestra maccha, si no anteponemos al orgulloso error, la modesta verdad; con el error están nuestra pasion y nuestra ignorancia, y con la verdad la virtud y la sabiduría. El error que nace de nuestra torpe manera de distinguir las cosas y el arcano, nos separa de Dios; la verdad, que es el límite que se remonta indefinidamente hasta la perfección del Espíritu, es el símbolo que debemos alcanzar para merecer su santa gloria.

Lenta y pesada ha sido la marcha hasta hoy de esa ley libre para nosotros; pero precisa, constante é inmutable para Dios: *el Progreso*. Esa ley inteligente ha protegido siempre al génio; pero la colectividad humana, el concurso de la perversidad y de la ignorancia, han destruido los fulgores que brillaron para hacer más rápida la felicidad de nuestro mundo. Con la civilización todo ha sido sojuzgado en el estado errante, y por eso la opresión contra la idea y el pensamiento de un génio, hoy se aniquila y desaparece anónimamente, porque guardamos intuición y sentimos reminiscencias de la enorme expiación de nuestras faltas.

Se nos revelará de nuevo la creación de nuestro mundo, conforme con la armonía y criterio accesible al espíritu de verdad. Tendremos un Moisés dictando leyes inspiradas por Dios que regularizarán el derecho del hombre: renacerá Grecia con sus filósofos, y cada secta dilucidará un punto esencial para la verdadera filosofía. Sócrates os enseñará el alma; Jesús la manera de conducirla por entre las escabrosidades de la materia: un Colón os descubrirá nuevos mundos en diferentes espacios, y en vez de torturas, sufrimientos, persecuciones y muerte que tuvimos para esos *Sérres*, dotados de virtud y sabiduría; espíritus perfectos que con sus divinas misiones tratan de regenerarnos y levantarnos de nuestra denigrante pequeñez, inferioridad y miseria; en vez de sufrimientos y tormentos, repito, tendremos para ellos admiración y respeto, alabanza y gloria; y así como los Atenienses levantaron á Talarco trescientas estatuas, una levantará cada hombre en su corazón á esos divinos astros que vienen á iluminarnos con su luz en la oscura carrera de nuestra vida.

El Espiritismo es la aurora que desvanece con su radiante luz las sombras de una horrorosa noche; alegrémonos, porque la tormenta que abatía a nuestros Espíritus, huye á esconderse en el caos de donde salió para emponzoñarnos. La verdad viene á purificar nuestro ambiente y darnos vida; aspirémosla ansiosos y no olvidemos que con ella alcanzaremos la perfección y dicha eterna, gozando de la gloria y gracia de Dios.

UN ESPÍRITU FAMILIAR DEL MEDIUM.

EL CATOLICISMO Y EL CRISTIANISMO.

El catolicismo es la religión que los hombres han ingerido en el cristianismo; porque sintiendo la necesidad de la preponderancia y del lujo, han querido envolverse en la capa resplandeciente de un Dios del que se dicen los *elegidos*, los *escogidos*. Volved atrás, y ved lo que es Cristo, su doctrina y sus Apóstoles; leed los evangelios: los mismos adoptados por la religión católica, y vereis que llaman á Cristo *el hijo del hombre o el hombre-Dios*. ¿Por qué le llaman el hombre-Dios? porque su perfección se acerca á la divinidad. ¿Por qué le llaman el hijo del hombre? para probaros que podeis imitarle, que vuestras

aspiraciones deben dirigirse á igualarle, para inculcaros la voluntad de seguir bajo todos conceptos su ejemplo. Cristo, siendo Dios, rebajaba la dignidad divina, tomando el cuerpo de un hombre para redimir todas vuestras faltas.

No le hubiera sido más fácil imponeros su voluntad, y deciros: *Lo quiero*, sin bajar de su poderio, entregándoos su cuerpo para que lo insultáseis, su espíritu para que lo atormentáseis, y para subir al Gólgota en medio de la risa del pueblo. Pero si dejais á Cristo el mérito de su obra como hombre, reflexionad sobre qué pedestal lo elevais. Ved esta grande alma cernirse por el espacio para regenerar á los hombres, sus hermanos, contemplad á la débil criatura sufriendo la influencia del organismo, decir á Dios sin titubear cuando expiraba. «Perdonadlos, Padre mío, que no saben lo que hacen.» ¡Qué ejemplo más sublime de indulgencia podeis recibir! ¡qué impulsión más mágica, para los Espíritus, que este rasgo del corazón, perdonando á aquellos que le han despreciado, y pidiendo compasión para sus verdugos! Y con qué cimimiento más indestructible podeis afianzar la bandera de una religión universal que con la sangre de este mártir, manando gota á gota sobre la tierra inhospitalaria de las criaturas incrédulas, que Dios había confiado á este regenerador.

Dicir que el Espiritismo suprime la religión, es suponerle una idea de destrucción; y el Espiritismo no quiere destruir nada, sino restablecerlo todo.

El Espiritismo es la guía del ciego que se había extraviado, y á quien conduce por su verdadero camino.

El Espiritismo es el lapidario á quien presentan un diamante en bruto, y que con sus pinzas arranca las escorias para presentaros el diamante limpio de todas las imperfecciones que ocultaban su belleza. El Espiritismo es el rayo de luz que alumbrá vuestra oscuridad, y de la misma manera que Cristo os atestiguaba el Espiritismo cuando os decía: «En aquel tiempo las mujeres profetizarán» asimismo el Espiritismo os atestigua á Cristo cuando os dice: «Era el primer nacido de entre los muertos: es decir el primero que llegó á los Espíritus puros. Vino para dictaros las leyes de Dios y fué el primero que entonó el canto de partida cuando llegasteis: como vanguardia de la generación volverá á presidir vuestra vuelta por que ha dicho: «Un poco más de tiempo y volveré á buscaros.»

De LE SPIRITISME à LION.

LA NUEVA TORRE DE BABEL.

Paris 6 Febrero 1863.

MÉDUM MME. COSTEL.

El Espiritismo es el Cristianismo de la edad moderna; es el que debe restituir á las tradiciones, su sentido espiritualista. En otro tiempo el Espíritu se hacia carne; hoy la carne se hace Espíritu para desenvolver la idea gigantesca que debe regenerar la faz del mundo. Mas á la fiesta de la creación espiritista, sucederán la turbación y el orgullo de los diversos sistemas que menospreciando sábios consejos, edificarán una nueva Torre de Babel, obra de confusión, reducida muy pronto á la nada, porque las obras del pasado son la prenda del porvenir, y del tesoro de la experiencia acumulado por los siglos, nada se disipa. Espiritistas, formad una tribu intelectual; seguid á vuestros guías con más docilidad que no lo hicieron los Hebreos; tambien nosotros venimos á librarnos del yugo de los Filisteos y conducirnos hacia la Tierra prometida. A las tinieblas de las primeras edades, sucederá la aurora, y os maravillareis cuando comprendais el lento reflejo de las edades anteriores sobre el presente. Las leyendas renacerán energicas como la realidad, y vosotros adquirireis la prueba de la unidad admirable, seguridad de alianza pactada por Dios con sus criaturas.

SAN LUIS.

MISCELÁNEA.

El Espiritismo y la prensa de Barcelona. — Durante la última quincena del més anterior, la prensa diaria de esta ciudad se desató en sarcasmos y diatribas contra el Espiritismo y los espiritistas. Si, por fortuna, no estuviésemos nosotros acostumbrados á semejantes tratamientos, que no queremos calificar, hubiéramos perdido la paciencia, y, á nuestra vez, nos hubiésemos también desatado en energicas y rudas contestaciones. Pero hay ciertos instantes en la vida del hombre y en el desenvolvimiento de las doctrinas filosóficas; hay ciertos instantes, decimos, en que más vale callar, y nosotros, haciendo un esfuerzo supremo, hemos callado. Creemos haber cumplido nuestro deber en este punto; pero creemos asimismo que también es deber nuestro no dejar sin correctivo las que nos atrevemos á llamar extralimitaciones de la prensa de Barcelona, si quiera, al aplicarlo, usemos de aquellas exquisitas moderación y cortesía, que debieran guiar á los periodistas en todos sus actos. El periodismo tiene á su cargo el elevado sacerdocio de dirigir la opinión pública, y, si es triste ver á los que se llaman ministros de Dios entregarse á detestables abominaciones, triste es asimismo ver á los que se llaman sacerdotes de la opinión entregarse á incalificables destemplanzas, indignas de la discusión severa y desapasionada, única que debiera mediar entre personas instruidas.

Nosotros no queremos entrar, por ahora, en la apreciación y estudio de los hechos que han motivado las burlas e insultos, que al Espiritismo y á los espiritistas ha dirigido la prensa diaria de Barcelona; no es éste el lugar apropiado. Pero no hemos de callar que, en nuestra ignorancia de lo muchísimo que aún puede dar de sí la naturaleza, y en nuestra humildad y parvedad respecto á todo lo que sea afirmar ó negar incondicionalmente; no hemos de callar, repetimos, que nosotros admitimos *la posibilidad* de aquellos fenómenos. Decimos más aún, decimos que *las hipótesis espiritistas* los explican racional y satisfactoriamente, á diferencia de los otros sistemas filosóficos que ó callan sobre el particular, ó niegan los hechos, á imitación de la prensa de Barcelona. ¿Por qué razón? *Porque son imposibles, porque son absurdos.* Juzguen nuestros lectores de la valía de semejantes argumentos. Nosotros, algo más humildes que la prensa, nos limitamos á decir que, hoy por hoy, no rechazamos la posibilidad de nada que no sea contrario á las verdades axiomáticas y de sentido común. No poseemos la necesaria ciencia para hacerlo.

Pero, si la prensa de Barcelona se hubiese limitado á negar los fenómenos, en su derecho hubiera estado, que en materia de creencias cada cual puede tener las que más le acomoden. Lo que nosotros no comprendemos es que de aquellos hechos se tomase pie para insultar una doctrina que respeta todas las otras, y para hacer objeto de mofa y escarnio á personas dignísimas que procuran cumplir todos y cada uno de sus deberes.

¿Crée la prensa de Barcelona que el Espiritismo es absurdo? Pues procure demostrarlo con argumentos, única arma admisible en estas lides; y, si lo consigue, habrá prestado un servicio al público, que no sabe á qué atenerse en este asunto, y á nosotros que, puesto que creemos lo contrario, nos esforzaremos en demostrar que las aseveraciones de la prensa no son exactas. Esto es lo que requiere la libertad de conciencia, lo que cuadra á la libre discusión de las ideas. Un sarcasmo volteriano hace reír, pero no convence; un insulto excita la indignación de todos los hombres honrados y sensatos.

¿Crée la prensa de Barcelona que el Espiritismo no es digno de esta discusión serena y desapasionada? Pues, después de haberlo probado, que hoy, queremos las pruebas de todo, déjelo en paz y no lo insulte, puesto que él á nadie insulta y á nadie busca encillas. ¿Puede pedirse nada más lógico, nada más cuerdo? Pues esto, y ninguna otra cosa, es lo que pedimos *los locos* del Espiritismo, como suelen llamarnos.

¿Qué diría el *Diario de Barcelona*, por ejemplo, si nosotros soltásemos la voz á toda clase de burlas y de insultos contra el pontificado? Exclamaría, como exclamaba no há mucho tiempo, en uno de sus artículos de fondo: *no me robeis mis creencias.* Apliquese, pues, el cuento, que tan creencia suya es el pontificado de Roma, como nuestra el Espi-

ritismo científico, y tan respetable para él aquella institución, como para nosotros esta doctrina. *Lo que no quieras para ti, no lo quieras para los otros:* ésta es la ley; y mentira parece que seamos nosotros, *los herejes, los poseídos del demonio*, quienes tengamos que recordarla á *los verdaderos cristianos, á los elejidos de Dios*.

¿Qué diría *El Telégrafo*, si nosotros, metiéndonos en los campos de la política, tratásemos de convencer al público de que en política, como en todo, ha de tenerse un criterio fijo, puesto que lo contrario implica censurables deseos de vivir bien á toda costa? Con razon nos diría, como Apéles al zapatero de la anécdota: *zapatero, á tus zapatos*, y lo diría con razon; porque nuestra misión no es la política, sino la propaganda del Espiritismo. Pues aplíquese el cuento *El Telégrafo*, que tampoco es su misión la de insultar á los espiritistas, quienes nunca han pensado en insultarle á él.

En una palabra, y para concluir, cuando la prensa quiera discutir, como discuten las personas formales e ilustradas, sin insultos, sin calumnias, sin sarcasmos, avíselo y dégalo, que no ha de faltar en Barcelona quien, sin ser sabio, pulvérice uno á uno sus argumentos; á lo menos, quien procure conseguirlo. Pero sepa la prensa que, desde hoy en adelante, no contestaremos nunca á sus insultos y mofas. Como hombres laboriosos que aspiramos á ser, no queremos perder nuestro tiempo en estas infútiles y enojosas tareas; como espiritistas prácticos que anhelamos ser, no queremos entretenernos en exasperar las pasiones más de lo mucho que ya están. Paz y buena armonía nos hacen falta, y esto es lo que, en opinión nuestra, puede darnos y nos dará el Espiritismo en un porvenir más ó menos remoto, pese á la prensa diaria de Barcelona y á sus insultos y diceríos. Harto sabemos los que hemos saludado la Historia, que nunca progresan más las creencias que cuando se las persigue. Nosotros estamos tocando esta evidencia histórica. Gracias á las intemperancias de todos, nuestra suscripción se ha aumentado, y no poco, en estos días, y muchas son las obras de Espiritismo que se han vendido. Los insultadores y motadores se han convertido voluntariamente en otros tantos carteles de anuncio de nuestra *Revisa* y de las obras de Allan Kardec. La Biblia dice en uno de sus libros, que *Dios ciega á los que quiere perder*. Si habrá llegado la época de que se pierdan los violentos de toda especie?

El Espiritismo progresó. — Nuestros amigos de Alicante nos participan, en una afectuosa carta, que han organizado en aquella ciudad un grupo espiritista, que ha empezado a funcionar bajo el nombre de «Sociedad alicantina de estudios psicológicos.» Felicitamos á nuestros hermanos de aquella provincia por su resolución, que ha de producirles beneficiosos resultados. El Espiritismo, como ciencia experimental, no se consigue más que á fuerza de perseverantes trabajos, y nada más á propósito para fomentarlos que esas reuniones periódicas, en las que se discute desapasionadamente y se escucha la voz de los Espíritus superiores que, no por estar separados de su cuerpo material, dejan de disfrutar de la actividad intelectual. Dada la inmortalidad del alma humana, ésta es la única doctrina racional y consoladora.

Y mientras esto sucede en Alicante, ¿qué acontece en Barcelona? Aquí el Espiritismo se prepara á nuevos y mayores progresos que los alcanzados hasta la actualidad. Los fenómenos de Sans, de la calle de Barbará y los de la de Carretas llaman sobre el Espiritismo la atención, y los hombres pensadores, deseosos siempre de explicaciones satisfactorias, las buscan y las encuentran en nuestra doctrina. Verdad es que esos mismos fenómenos son parte á que muchos se burlen de nosotros: verdad es que no nos es posible evidenciar su perfecta exactitud, pero no lo es menos que, así y todo, se habla de la doctrina y se despierta la afición á conocerla. Hasta el teatro se dispone á favorecer nuestra propaganda, pues el eminent actor italiano Mayeroni anuncia como próximo á ponerse en escena un drama en tres actos, titulado *Spiritismo*. En este drama ¿se defiende y encumia nuestra doctrina? ¿Se la denigra y se la ataca, por el contrario? Lo ignoramos; pero, como quiera que sea, allí, en el escenario, ante el público de Barcelona, se hablará del Espiritismo, y esto, no lo dudamos, favorecerá la propaganda. Prepárense, pues,

nuestros hermanos a aprovechar los futuros momentos, que no hemos de desperdiciar, si queremos cumplir nuestros deberes de propagandistas.

Armas de mala ley. — Las ha usado *El Telégrafo*, al dar cuenta á sus lectores de una hoja volante que, firmada por un espiritista, salió á luz en esta ciudad, á consecuencia de los sucesos de Sans. *El Telégrafo* aseguró que la hoja estaba escrita en *encimio del curandero de Sans*; son sus palabras textuales. La hoja resume la cuestión en los términos siguientes:

NO NEGUEIS LA POSIBILIDAD DEL FENÓMENO: PERO, PUESTO QUE HOY NO TENEIS DATOS PARA PROBARLO, TAMPOCO ASEGUREIS LA REALIDAD DEL MISMO.

Acerea del *curandero* en especial, ni siquiera reza una palabra la hoja á que aludimos. ¿De parte, pues, de quien están la buena fe y la cordura, de parte de *El Telégrafo* que desfigura los hechos, ó del autor de la hoja que los restablece en su integridad? ¿Qué le costaba á *El Telégrafo* no inducir en error á sus lectores? Muy poca cosa. Juzgue, pues, el público en esta sencillísima cuestión, que lo es de sentido común y de extrema imparcialidad. Como moraleja añadiremos, que en asuntos de Espiritismo siempre sucede lo mismo. Se dice de él lo que no es en realidad; se le atribuyen asertos que él es el primero en rechazar. Conviene, por lo tanto, que el público acuda á la fuente, á las obras fundamentales de la doctrina, si quiere juzgarla con acierto é imparcialidad.

El vigésimoquinto aniversario. — De regocijo fué aquel día para los católicos romanos. En las esquinas de las calles de esta ciudad se fijaron unos carteles con este lema:

Viva Pio IX rey de los Estados pontificios. Lo mismo se leía en grandes transparentes colocados en los balcones de varias casas particulares. En la procesión, que salió de la Catedral, muchas eran las personas que en los ojales de la levita ostentaban margaritas, símbolo en España de los partidarios de Carlos VII. En la iglesia de la Merced se gritó con verdadero entusiasmo: *Viva el papa-rey!* En las puertas de todos los templos católicos de Barcelona se vendieron en aquellos días muchas velas del Concilio, muchos retratos del Papa y no pocas biografías del mismo. Mientras esto pasaba aquí, en Madrid los partidarios del pontificado romano promovían un grave escándalo en el seno de la representación nacional; en Francia solicitaban la inauguración de una guerra contra Italia para restablecer el poder temporal, y en las otras naciones católicas de Europa se preparaban lujosos regalos y crecidas sumas en dinero, que ya ha recibido el pontífice de Roma.

«Mi reino no es de este mundo.» (Juan, xviii, 36.) «No poseáis oro, ni plata, ni cobre, en vuestras bolsas.» (Mateo, x, 9.) «Bienaventurados los pacíficos: porque ellos serán llamados hijos de Dios.» (Mateo, v, 9.) «Habiendo entrado Jesús en el templo de Dios, echó fuera de él á todos los que allí vendían y compraban.» (Mateo, xxi, 12.) «Cuando viereis que la abominación de la desolación, que fué dicha por el profeta Daniel, está en el lugar santo, el que lea entienda.» (Mateo, xxiv, 15.)

Así habla el Evangelio, y cuando él es explícito y terminante, á nosotros nos toca callar.

AVISOS INTERESANTES.

El Sr. D. Carlos Alou, del comercio de libros de esta ciudad, se ha encargado de la expedición de los libros espiritistas. Los pedidos podrán dirigirse á dicho Señor, calle de Sto. Domingo del Call, núm. 13, Barcelona.

Las sociedades espiritistas que están en relación con la de Barcelona, continuarán dirigiendo su correspondencia á la calle de la Palma de San Justo, núm. 9, tienda.